

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 31.—15 de Junio de 1871.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. 1, 4, 8.)*

¡POBRES INOCENTES!

Esta misma exclamacion servia de título á un artículo que hemos escrito hace algunos meses, y la desventura que allí deplorábamos, lejos de haberse remediado, ha crecido en horribles proporciones. Despues hemos procurado llamar varias veces la atencion del público y de las autoridades, sobre el mal estado de los establecimientos benéficos; ha sido inútil: la beneficencia oficial cree haber dado una respuesta concluyente diciendo que no tiene recursos, y la caridad se cree dispensada de intervenir, cuando se trata de desvalidos que deben amparar las autoridades ó las corporaciones. ¡Situacion terrible, en que nadie se cree en el deber de dar la mano al que cae, ni siente remordimiento de haberle dejado perecer!

Dolorosa, dolorosísima es esta situacion para los enfermos y para los ancianos, y los niños de alguna edad: pero todavía el enfermo puede hacer un llamamiento á la compasion y ser auxiliado en su casa; todavía el niño desamparado y el anciano pueden implorar la caridad pública, y hallar en la limosna un remedio á su desventura; pero el reciennacido, el espósito, rechazado por su madre, sacrificado por la que debia sacrificarse por él, no puede ir en busca de socorro, no puede hacer mas que llorar, y si no hay quien se compadezca de su llanto, perece. Este es el caso de centenares, de miles de niños, cuando la caridad, esta madre bendita de todo el que padece, no acude á recoger los que abandonan las madres desnaturalizadas.

Las Diputaciones Provinciales no tienen fondos; el número de nodrizas para los espósitos es insuficiente; y los niños **SE MUEREN DE HAMBRE**. En la Inclusa de Orense, por ejemplo, se deben á las nodrizas veinte meses de lactancias; como es natural, se retraen de ir á buscar expósitos ó los devuelven, y en el torno están en la pro-

porcion de UNA ama para CUATRO ó CINCO niños. «*La mortandad (nos escriben) es horrorosa.*»

Pedimos á la Diputacion Provincial de Orense que cierre la Inclusa, y hacemos igual súplica á todas las que se hallan en igual caso. El torno donde se deja morir de hambre á los niños, es una criminal hipocresía; no sirve mas que para quitar á las madres el remordimiento de inmolar á sus hijos, y á la sociedad el horror de dejar perecer, por falta de auxilio, á los desventurados inocentes. Pedimos que se cierre la Inclusa, y lo pedimos en nombre de la humanidad. Habrá muchas madres que, bastante perversas para abandonar á sus hijos, no lo serán hasta el punto de querer inmolarlos, y los conservarán cuando no haya un asilo, en que se diga que se recojen, y se visten y se alimentan. No faltarán monstruos que sabiendo que no hay Inclusa, dejen al pobre reciennacido en la plaza, á la puerta del templo ó en el camino; pero entonces la compasion y la conciencia pública se alzarán á la voz dolorida del inocente, y habrá hombres, y sobre todo habrá mujeres que, movidas á piedad, cubrirán su desnudez, le guarecerán de la intemperie, y darán alimento á aquellos labios que buscan en vano el seno maternal. No queremos creer que nuestra sociedad sea tan mala; no lo será seguramente, hasta el punto de saber impasible que hay un niño abandonado que se muere de hambre y de frio. ¿Quién pasará de largo sin prestarle auxilio? ¿Quién no bajará de su casa al saber que está en la calle? No nos hacemos ilusiones: faltando la Inclusa en las condiciones que debe tener, aumentará el número de infanticidios, y el de los expósitos que sucumben por falta de socorro; pero cerrada la Inclusa tal como se halla hoy en muchas provincias, disminuirá el número de víctimas, muchas madres conservarán á sus hijos, como dejamos dicho, y la caridad acudirá á socorrer á los expósitos. Hoy se acalla el remordimiento de la madre desnaturalizada, y se adormece la compasion de las personas buenas, por ese torno abierto, que quiere decir:—*Aqui se da albergue, vestido y alimento á los pobres niños abandonados.*—En todos los casos, hoy por desgracia frecuentes, en que esto no es verdad, el torno, lo repetimos, es una criminal hipocresía.

Las cosas han llegado á un punto que debieran llamar la atencion, no solo al Sr. Ministro de la Gobernacion, sino al de Gracia y Justicia. Si se supiera que en muchas provincias diaria y constantemente se cometian numerosos infanticidios y quedaban siempre impunes, ¿no se escitaria á los promotores, á los jueces, á las audiencias, para que persiguieren á los criminales? Pues es el caso. No ya solo en nombre de la humanidad, sino en el de la justicia, se puede

hablar, y hablar muy alto; pregúntese á los médicos, y que digan en verdad y en conciencia, si no se mata de hambre á los niños que por espacio de algun tiempo no tienen mas que una nodriza (que no suele ser muy buena) para cada tres, cuatro ó cinco. Reos ó cómplices de infanticidio son y somos todos los que no hacemos cuanto posible sea, cada cual segun su posibilidad, para que los tornos de las Inclusas dejen de ser tumbas en que los niños hallen una muerte lenta, recibiendo el alimento necesario para prolongar su agonía dias, semanas ó meses: mas humano sería dejarlos morir en pocas horas sobre la via pública.

Las Diputaciones Provinciales, y las personas todas, con mas ó menos poder para remediar el mal, no se han fijado sin duda en él bastante, ni meditado en toda su estension. Mas que falta de humanidad, creemos que hay falta de reflexion, ignorancia de lo que sucede, ó falsa idea de impotencia para remediarlo. Serán inconscientes, así lo creemos, pero no son menos ciertos los infanticidios donde quiera que los niños se mueren de hambre en los tornos. La responsabilidad es de muchos, se dirá; cierto, y por este motivo desaparece á los ojos de algunos: pero el delito y el crimen no se proratea; la parte que tiene uno no disminuye la que cabe á otro, y por pequeña que fuese, deberia pesar mucho sobre nuestra conciencia y sobre nuestro corazon.

Hace meses, cuando escribíamos el artículo citado al empezar este, hacíamos un llamamiento á las mujeres en favor de los niños, como sus mas naturales protectoras. El resultado de nuestra gestion no ha debido animarnos mucho; solamente dos señoras, cuyo nombre está grabado en nuestra alma, acudieron á ofrecerse para trabajar en favor de los expósitos: no nos desalentamos con todo. Volvemos á gritar: *¡Los expósitos se mueren de hambre!* Y á repetir lo que entonces decíamos.

«.....Nos dirijimos, no á los que tienen poder, sino á los que
 »tienen corazon; nos dirijimos principalmente á las mujeres. Donde
 »quiera que haya una persona dispuesta á hacer algo por los pobres
 »expósitos, por débil que sea, por inútil que se considere, puede
 »favorecerlos. ¿Cómo? Comunicando su buen deseo á otros que tam-
 »bien le tengan. Concebimos una asociacion que deberia estenderse
 »por todo el territorio. Se dirá que nuestra ambicion es mucha; no
 »ciertamente: nos contentaríamos con empezar, aunque fuera por
 »muy poco, y con servir de intermedio entre las personas de buena
 »voluntad, para formar aunque no fuera mas que una junta que pa-
 »trocinará á los que no tienen madre. Si entre las personas que leen
 »estas líneas, hay alguna que se siente inclinada á coadyuvar á este

»pensamiento (1), que no sepulte en el silencio su buen propósito;
 »que diga, donde quiera que esté:—Heme aquí,—y en siendo unos
 »pocos, muy pocos, nos reuniremos, si estamos lejos en espíritu, y
 »el de Dios nos inspirará el modo de empezar la buena obra.

»En medio de tanta desdicha, ¿cerraremos el pecho á la compa-
 »sion? Dormiremos ese horrible sueño del egoismo, aceptando con
 »nuestra indiferencia una especie de complicidad con los infantici-
 »das? Nosotras, mujeres, ¿nos negaremos á cumplir los deberes de
 »una sociedad cuyos vicios, cuyos errores, cuyos crímenes engen-
 »dran esos monstruos, que no quieren sustentar á sus pechos los hi-
 »jos de sus entrañas? Si nada hacemos por los inocentes abandona-
 »dos, sus lágrimas, que no enjugamos, caerán sobre nosotros como
 »una maldicion; y si no nos inspira piedad quien merece tanta, bien
 »podemos decir que no nos vuelvan á llamar ya con el nombre de
 »*sexo piadoso.*»

Concepcion Arenal.

UNA CASA DE VECINDAD.

Desde que el ingenioso y popular escritor D. Ramon de la Cruz presentó en el teatro, á principios de este siglo, su sainete titulado: *La Casa de Tócame-Roque*, que todavía suele representarse en nuestros dias, se tiene generalmente la idea de que una casa de vecindad es, ó un refugio de gente perdida, ó una aglomeracion de chulos pependencieros, mendigos de oficio, niños abandonados y mujeres que son cualquier cosa, menos mujeres honradas.

Hay, sin embargo, en esto, como en otras muchas cosas, una preocupacion que aparece patente en algunos casos, y que á veces desfigura una realidad opuesta en un todo á semejante idea. Recientemente hemos presenciado un ejemplo de esta clase, y ojalá que todos supieran por esperiencia las emociones que pueden experimentar en una *casa de vecindad*.

Existe en las afueras de Madrid un barrio, cuyo nombre creemos oportuno callar, pero que no es el de Argüelles ni el de Salamanca: es un barrio de gente muy pobre.

Allí se ve una plazuela ó patio formado por dos grandes edificios de tres pisos y boardilla, uno frente al otro, y dos mas pequeñas que cierran casi por completo aquel recinto. Esas casas, distribuidas en pequeños cuartos numerados, que dan todos á una gale-

(1) Puede dirigirse á la que suscribe, Dos Amigos, 10, 2.º

ría corrida en cada piso, sirven de albergue á 82 familias. Entre ellas, los vecinos que se consideran mas acomodados son los jornaleros, cigarreras, uno ó dos zapateros, y un carpintero de modesto taller; pero hay tambien gente de situacion mas infeliz por enfermedades, por falta ó insuficiencia de jornal, algun ciego recojido caritativamente por otro pobre, niños huérfanos mantenidos por una hermana con su corto jornal, y algunos otros detalles interesantes.

En medio de la pobreza de aquel pequeño pueblo, un observador atento distingue orden, buena armonía en las familias, limpieza, actividad y semblantes alegres. No hay allí una taberna; no se ve un hombre ébrio, ni una mala mujer; no hay reyertas, ni gritos, ni cuestiones. La aspiracion única de todos es tener trabajo. A las nueve de la noche todos los vecinos están recogidos en sus cuartos, que parecen celdas; costumbre propia de gente laboriosa que ha de madrugar.

Finalmente, para que todo sea allí notable, pululan por aquella plazuela los niños y niñas á docenas, pero, ¡cosa, rara! no son los niños sucios y harapientos de otras partes, sino criaturas aseadas, cariñosas, y algunas de ellas de una belleza infantil que sorprende. Si D. Ramon de la Cruz viviese hoy y buscase en aquel barrio modelos para sus cuadros de costumbres populares, muy distinto sería el carácter de sus festivos sainetes.

Pero ¿esa casa ha sido siempre lo que es hoy? ¿No habrá alguna causa, algun agente poderoso que haya introducido en sus pobres habitantes mejoras de bienestar material y moral? Lo hay indudablemente: lo sabíamos y lo hemos presenciado.

En medio de ese torbellino madrileño en que casi todo se sacrifica al placer, al negocio, á la política ó á la ambicion, hay seres que, á impulsos de sentimientos generosos, levantan su alma á pensamientos mas elevados. Se ocupan de los pobres que sufren, y dedican á aliviar su situacion el tiempo, la inteligencia y los recursos que poseen, no solo con la materialidad de una limosna aislada y estéril, sino con el consejo compasivo, con la visita consoladora, y con todos los auxilios que surjen de una proteccion paternal ejercida con verdadero amor al prójimo.

Hubo un dia del nevado mes de Enero del presente año en que un matrimonio con seis hijos pequeños, llegado al último grado de la mas espantosa miseria, esperaba la muerte *por hambre*, porque carecia ya de todo recurso. Uno de esos seres benéficos llegó á su miserable albergue, que ni nombre de casa merecia, los auxilió, los alentó, y como primer socorro salió á buscarles cuarto donde refugiarse. Se le indicó uno vacío en la casa de que nos ocupamos, y

allí condujo á aquella desventurada familia, facilitándola camas, alimento, ropas y jornal para el padre, pues de todo carecian.

Así como la epidemia cuando entra en una casa pobre hace muchas víctimas, tambien la caridad, cuando penetra donde hay muchas necesidades, no se limita á socorrer una sola. El protector de aquella familia halló otras muchas, si no en tan grande abandono, en un grado de pobreza suma. La tarea era ruda, pero el obrero vigoroso no se desalentó, y muy pronto no estuvo solo. Cuarto por cuarto, familia por familia, todas son visitadas, y auxiliadas hasta donde se puede. Seguramente que hay allí pobreza, y grande en algunos casos, pero nadie duerme en el suelo ni sin sábanas; á ninguno se echa por no pagar el alquiler de la casa; pocos hombres en estado de trabajar carecen de trabajo, que se procura tambien para las mujeres. En suma, aquella casa presenta un espectáculo de alegría y bien estar, de resignacion y de esperanza, que impresiona el ánimo profundamente. Nosotros hemos presenciado una visita de los bienhechores desconocidos; hemos visto el amor y la confianza que inspiran, los consuelos que derraman, y cómo sostienen en el buen propósito, y cómo alientan al que decae. Allí hay la espresion de la gratitud, en vez de miradas torvas y amenazadoras para los *señores*, que lejos de ahuyentar los niños, los atraen hácia sí, recibiendo sus caricias.

Al pensar que todo aquel bien, que toda aquella trasformacion son obra de la caridad, nos preguntamos: ¿Por qué no penetra en todas partes? ¿Por qué todos los que pueden, no quieren hacer algo parecido? Es sin duda que no saben la eficacia de algun sacrificio pecuniario acompañado de la visita, del consejo, de la compasion, de la caridad en fin. Y todo esto es compatible con las ocupaciones, con las diversiones, con los estudios, y no arruina á nadie. Ojalá que el ejemplo que ofrecemos tenga imitadores, y nosotros la satisfaccion de poder hablar pronto y de la misma manera de *otra casa de vecindad*.

Antonio Guerola.

EL CODIGO DE LA MISERICORDIA.

Dar posada al peregrino.

Vamos á seguir recorriendo las bellas y concisas frases del código cristiano de la humana misericordia.

Despues de haber visto qué significa, y para qué sirvió en el mundo el lenguaje purísimo de la caridad cuando dijo: «visitad los enfermos; dad de comer al hambriento; dad de beber al sediento; vestid al desnudo;» debemos hoy señalar rápidamente lo que ha sido la hospitalidad en la tierra, y á qué virtud tan dulce y elevada la levantó el cristianismo, cuando añadió á las anteriores esta bendita frase: «Dad posada al peregrino.»

En aquel tiempo, en que el soplo de la inspiracion animó á Grecia, palpitaba allí el amor y el culto á la belleza material, predominando sobre el esfuerzo que el espíritu hacia por subir á mas altas regiones, encarnado en filósofos ilustres, que fueron desconocidos y á veces sacrificados por el vulgo y los gobernantes del voluptuoso pueblo helénico. La cicuta de Sócrates es elocuente testimonio de esta verdad.

El arte vivia en Grecia como si dijéramos al aire libre; y sobre todo sus dos mas esplendentes manifestaciones: la estatuaria y la poesía.

La material apoteosis de la figura humana; tal era la escultura griega. El encanto del oido y de la imaginacion por el cadencioso relato de las hazañas de sañudos héroes, ó de las intrigas y pasiones de imaginarios turbulentos dioses; tal era la poesía, que de labio en labio, del rapsoda vagamundo y del trágico escenario al foro, y de este al campo, chispeaba con centellas de la palpitante y seductora fábula, ó de la animada y perdurable historia de feroces contiendas. La estética habia refinado el gusto helénico; la caridad empero no la habia espiritualizado. Y es de notar lo que en aquella sociedad acontecia. Un ciego de noble aspecto y pobres vestiduras andaba errante por toda Grecia y por las islas de su archipiélago. Haciendo el humilde papel del rapsoda, cantor del pueblo, recogia el suspiro de la brisa, el balance del remo, el canto del ave, el rumor de la plebe, el grito del guerrero, la leyenda del anciano, el relato del varon adulto, el llanto de la mujer, el juego del niño, la ley de la patria, el rayo de ciencia del cerebro del sábio. Era Homero: la encarnacion del espíritu de la patria; el molde mas acabado del genio anti-

guo. Como él los bardos del pueblo celta en muy remotos días, como él los trovadores en los de la edad media, recorrían calles y senderos, pórticos y palacios, recreando el oído y animando la fantasía de la muchedumbre ó de los magnates, sus compatriotas. No se les negaba, como á los deportados, el agua y el fuego; no se les negaba, mientras servían al contento de los demás, el pan de un día ni el abrigo de una noche: mas érales negada la fortuna. La misma hospitalidad pasajera que se les concedía, revelaba interés de placer egoísta, no caridad. La *posada* que se daba á aquellos *peregrinos*, era el alquiler transitorio de su habilidad é ingenio.

Los héroes, los magnates, los guerreros, se prestaban entre sí expresiva y generosa hospitalidad. Néstor hablando á Telémaco y á Minerva, disfrazada bajo la figura de Mentor, les dice entre otras cosas en un preclaro poema, espejo de primitivas costumbres:

«Y aun despues que la muerte me llamare,
Mis hijos, que en mi casa habrán quedado,
Hospedarán los huéspedes que á ella
Vernán, y les harán buen tratamiento (1).»

Menelao en la misma Odisea dice á su criado Eteoneo;

«¿Parécete que habiendo Dios dispuesto
Que yo fuese acogido, y que comiese
Los bienes de mis huéspedes, andando
Por muy diversos pueblos peregrino.....
No debo usar humanidad con estos?»

Mas descúbrese aquí el interés de clase, la recíproca atención y obsequio con que se trataban en sus respectivos viajes las personas distinguidas.

Cierto es que esta virtud de la hospitalidad es acaso la de que mas indicios en la antigüedad se hallan. Y aun al hablar á sus doncellas Nausicaa, hija del rey de los Pheaces Alcinoos, en el clásico poema citado, nótese cierta bella indicación en favor de los pobres peregrinos, pues aquella princesa les dice, al ver á Ulises mendigando:

«Bien es que le curemos, porque todos
Los huéspedes y pobres, de la mano
De Júpiter eterno son y vienen.....»

(1) «La Ulisea» de Homero, traducción de Gonzalo Perez.

En el capítulo 18 del Génesis hállase también descrita con vivo colorido la cortés y afectuosa hospitalidad que Abraham tributó á los tres varones que, sin saber fuesen ángeles de Dios, recibió á la puerta de su tienda en el valle de Mambré. Hízoles reverente saludo; rogóles que no pasaran sin aceptar el convite de su morada; les llevó agua para lavar sus pies, según la oriental costumbre; y dióles á comer el pan de flor subcinericio amasado por Sara, la rica manteca y leche de sus rebaños, y el becerro por él mismo escogido y cocido luego diligentemente por sus criados.

Pero á la vez, ¿quién no recuerda que aquel mismo Ulises, por el cantor griego inmortalizado, al llegar como mendigo á Itaca, en donde la virtuosa Penélope residía, fué injuriado y golpeado por el porquerizo Melantho? ¿Cómo olvidar que el buen Eumeo le advertía que los arrogantes pretendientes de la solitaria reina harían con él otro tanto si quedaba solo (como al fin quedó por su valeroso esfuerzo) en aquel sitio, en donde el viejo perro Argo, ¡rasgo digno de Homero! flaco y abandonado en su ausencia, reconocía y halagaba á su amo antiguo, á pesar del cambiado aspecto y de los muchos años trascurridos?

Y no cabe olvidar tampoco que el paciente Job de Idumea, acometido de la lepra, quedó por muchos días espuesto á la intemperie, y de todos abandonado, en un estercolero, sin duda según costumbre de aquellos países y tiempos, consignada por el autor del antiguo y sagrado libro que lleva su nombre.

Mas el cristianismo, que dió por norma de la vida el amor fraternal, la mútua ayuda, que en vano se buscan por otras doctrinas, confirmó y acrecentó, y dió entrañas de caridad á la hospitalidad antigua, estendiéndola con sabia y generosa predilección á los mas desvalidos.

El cristiano ya no decia, como el buen Eumeo á Antinoo en el palacio de Ulises (1):

«¿Quién, viniendo de lejos, llamaría
Otro huésped alguno, si no fuese
Que tuviera ejercicio provechoso,
Arquitecto muy grande, ó adivino,
O médico que cure de los males,
O algun cantor divino y señalado,
Que dé placer cantando dulcemente?»

(1) En el mismo poema citado.

sino que, dirigiéndose al desvalido transeunte, exclamaba sin distincion de profesiones ni de clases: «Descansa, hermano, de tu fatiga; despues, ya confortado, proseguirás tu camino.» Y para los acomodados y venturosos, lo mismo que para los tristes y pequeñuelos, escribia: «Dad posada al peregrino.»

De esos principios y costumbres cristianas, unidas á las guerreras y caballerescas, nació en toda Europa durante la edad media aquel sentimiento de pundonor generoso, que hacia como *sagrada é inviolable* la persona del huésped con quien se habia partido el pan y el techo, hasta el punto de respetarle y defenderle como obligacion severa del hombre bien nacido. El fecundo y feliz escritor de las poéticas y acentuadas costumbres de esa edad, Walter-Scott, ha descrito con vigorosa y envidiable pluma las interesantes escenas á que daba origen ese arraigado sentimiento en los feudales castillos y palacios, desde el momento en que se pronunciaba en ellos ante un recién llegado, aventajado juglar, religioso peregrino ó armado caballero, la sacramental frase: «Sois en esta casa el bien-venido.»

De esos cristianos principios nacieron las modestas hospederías, abiertas para cuantos llegaban, en los monasterios de los despoblados. De ellos nacieron tambien los innumerables hospicios de que están cubiertos los territorios de las naciones modernas para albergar á los pobres, y en cuyo perfeccionamiento y desarrollo, sin visos de socialismo pero con raudales de caridad, debiera trabajarse sin descanso, como en *obra*, no solo de *misericordia*, sino tambien de prevision y proteccion social contra la criminalidad y el vicio. Un solo ejemplo citaremos, entre tantos como se pudieran elejir, por ser de los mas antiguos y honrosos para nuestra querida patria.

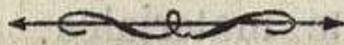
En el Hospital del Rey en Burgos, asentado en su frondosa vega, y dependencia de la grandiosa fundacion de las afamadas Huelgas, erijido en el siglo XII por el rey D. Alfonso VIII, levántase al lado de la capilla de San Amaro la puerta *de Romeros*, así llamada porque entraban por ella los peregrinos que continuamente pasaban, desde varias regiones de dentro y fuera de España, por la capital de la Vieja Castilla, para visitar el renombrado santuario de Santiago de Compostela. Lo mas notable que en aquel vasto templo se admira, es esa puerta, de arquitectura del renacimiento. Las ricas labores de sus piedras, están diciendo á todos los viajeros que frecuentan el piadoso y humanitario asilo: «Aquí todo desvalido, el nacional y el extranjero, al atravesar por la noble tierra de Castilla, encuentra desde hace muchos siglos el albergue, que la religion de paz y amor prepara al que de él ha menester, y hasta un benéfico intérprete, que hable á cada recién llegado la dulce lengua del pa-

trio hogar. Aquí, como en tantos otros hospitalarios refugios, que el cristianismo ha levantado y sostiene en todas las partes del mundo, se ofrece por Dios á la humanidad infortunada, sombra y refrigerio, techo y abrigo, aliento en su fatiga, descanso en su jornada, lecho y reclinatorio para los miembros rendidos. Aquí por Dios y su santa ley *se da posada al peregrino.*»

Si de todas las piedras labradas, de todas las artes ejercidas, de todos los monumentos levantados, salieran palabras de este ó semejante sentido, y los hombres las escucharan con atencion, ¡qué adelanto tan grande, qué impulso tan poderoso no recibiria el espíritu de la humana sociedad!

Carlos Maria Perier.

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta tercera.

Apreciable Juan: Hoy vamos á tratar de un error de los mas lamentables y de los mas estendidos: escuelas que difieren en todo lo demás están de acuerdo en este punto, á saber: *Que la falta de trabajo, la insuficiencia de salario, la miseria, el pauperismo, la cuestion social, en fin, se resuelve con la ciencia económica y con la ciencia política, sin necesitar para nada la religion ni la moral.* Tú estás muy dispuesto á creerles; los gobiernos y los legisladores deben darte las cosas arregladas conforme á tu deseo, y sin meterse, porque ¿qué les importa? en si vas á la iglesia ó á la taberna. ¿Qué tiene que ver tu conducta privada con la prosperidad pública, ni qué relacion hay entre el trato que das á tu mujer y la organizacion del trabajo, la tiranía del capital, etc., etc.? Cosas son estas que no están relacionadas entre sí; tú lo ves muy claro, y además lo confirman, como te he dicho, no solo las escuelas que pretenden realizar tus sueños, sino otras que procuran hacerte ver las cosas como son, y traerte al terreno de la realidad. ¿Cómo hacerte variar una opinion que se apoya en tu deseo, en tu voluntad, y puede apoyarse en el parecer de tan respetables autoridades? Voy á intentarlo no obstante, porque nunca desespero de tu buen sentido; además, las verdades que tengo que decirte son sencillas.

La religion y la moral entran por mucho, por muchísimo, en la resolucion de los problemas sociales. Se ven individuos que tienen moral sin religion, pero pueblos no se ven, no se han visto nunca; y como sin moral son absolutamente insolubles los problemas económicos, he aquí cómo influye en ellos la religion. No te hablaré mas de ella, por si desgraciadamente careces de fé; hablemos de moral nada mas; bastará para que comprendas que la cuestion no puede tener soluciones puramente materiales. Si se tratara de un rebaño, convengo en que podría decirse:—Tantos carneros hay, si llegamos á obtener tal cantidad de yerba ó de pienso, toca á tanto por cabeza; es lo suficiente para que no se mueran de hambre en el invierno y engorden en el verano: el problema está resuelto.—

Así puede hacerse, Juan, cuando se trata de las bestias, pero no cuando se trata del hombre, que siendo una criatura religiosa, moral, intelectual, los problemas que á él se refieren no es dado que tengan soluciones puramente materiales, sino que han de ser un compuesto de moral, de inteligencia, de sentimientos y de materia, como él lo es: esto parece de sentido comun; el bienestar de cada criatura, ha de estar en armonía con su manera de existir. Ni los peces pueden volar, ni las aves respirar debajo del agua, ni el hombre ser dichoso á la manera de un castor, un elefante ó un asno.

Tu dirás: —Yo no quiero goces intelectuales, ni satisfacciones del corazon. Mis aspiraciones se limitan á comer y vestir bien, y á tener buena habitacion y buena cama.—

En primer lugar, Juan, estás equivocado; por mucho que te rebajes y por muy degradado que te creas, no puedes ser dichoso como un caballo de regalo teniendo pienso abundante, buena manta y termómetro en la cuadra: pero supongamos que tus necesidades fuesen puramente materiales; para satisfacerlas necesitas de algo que no es material, y hasta el bienestar de tu cuerpo depende de la elevacion de tu espíritu: vas á verlo.

Para que tú puedas comer mucho son necesarias tres cosas:

- 1.^a Que haya mucho que comer.
- 2.^a Que se distribuya de modo que te toque bastante.
- 3.^a Que comas con cierta moderacion, porque si no padecerás indigestiones, el estómago se estragará, y estarás desganado.

O de otra manera: tu bienestar depende de que la sociedad produzca mucho, de que sea rica, de que la riqueza se distribuya bien, y de que al consumirla se haga en razon, y sin entregarse á viciosos excesos. Vamos por partes, y veamos si prescindiendo de la moralidad, del sentimiento, de la abnegacion, de la parte mas elevada del hombre, puede llegarse á la prosperidad material.

PRIMERO. *Producir mucho, ser rica la sociedad.* Antes de que la sociedad en que vives sea rica, es necesario que exista, y su existencia se debe á la abnegacion, al sacrificio, al valor, á alguna cosa que no es material. En un tiempo mas ó menos remoto, tus ascendientes fueron atacados por pueblos feroces, que quisieron arrojarlos de la tierra. Defendieron sus hogares, sus mujeres, y sus hijos y costumbres de sus padres, y los templos de sus dioses; los defendieron con valor, con entusiasmo, con fé; gran número sucumbieron en la pelea; y á su abnegacion debes que tu raza no desapareciese como otras muchas. Si en vez de pertenecer á un pueblo que ha rechazado la conquista, descienes de un pueblo conquistador, tambien debes tu existencia á alguna elevada cualidad del alma. Los conquistadores que no traen una grande idea servida por nobles sentimientos, vencen, destruyen, y pasan como una nube asoladora, sin fundar naciones que vivan en la posteridad. Sea que vengas de los que resistieron ó de los que vencieron la resistencia, para establecer el pueblo á que perteneces hubo necesidad de desplegar grandes cualidades de espíritu: la existencia de todo pueblo es testimonio de que sus fundadores no eran viles. Así pues, condicion para el establecimiento de un pueblo: energía, esfuerzo, elevacion de ánimo, alguna idea elevada y algun fuerte sentimiento para sostenerla.

Merced al esfuerzo de sus primeros hijos, la sociedad existe; para que prospere, para que sea rica, se necesita que trabaje mucho y que trabaje bien, es decir, que posea instrumentos perfeccionados que multipliquen sus fuerzas. Si todos viven al dia; si cada cual consume todo lo que produce ó se proporciona; si nadie quiere trabajar mas que para sí, y para cubrir las necesidades del momento, la sociedad es salvaje, estacionaria, y los que á ella pertenecen, miserables todos: pasan las generaciones de hombres como las de castores ó monos, sin que los últimos aventajen nada á los primeros, sin que haya progreso. Algunos hombres empiezan á hacer *economías*, es decir, á gastar algo menos de lo que tienen, y reservar el ahorro, sea para descansar en su vejez, sea para dejárselo á sus hijos. El que está en posesion de esta reserva, no tiene la necesidad perentoria de trabajar todos los dias para no morir de hambre; puede descansar, y cuando descansa, piensa. De su inteligencia puesta en actividad, brotan ideas que combina, y nacen las invenciones, las ciencias y las artes. Su pensamiento sería estéril si no hallara en la comunidad mas que individuos que consumen todo lo que producen; pero hay algunos que han realizado economías, y las aventuran en ensayar el invento. Se ensaya; se ve que produce ventajas; se ha hallado un instrumento de produccion mas ventajoso, la

sociedad ha realizado un progreso. El progreso es, pues, la combinacion del pensamiento del hombre con las economías que le dan los medios de realizarlo, de mantener hombres que se empleen en hacer los ensayos, en construir el nuevo instrumento y allegar las primeras materias que ha de modificar, ó en trabajar la tierra. En un pais en que no se hace mas que escarbarla con un palo, se inventa, por ejemplo, el arado. La invencion es altamente beneficosa, mas para realizarla se necesita que haya algunas economías con que puedan mantenerse los hombres que han de extraer el hierro de la mina, cortar la madera, elaborar uno y otro, etc. Si todos los individuos de la comunidad tienen que ir todos los dias en busca del diario sustento, imposible será que el arado se fabrique. Estas economías, que permiten dedicarse á un trabajo mas reproductivo pero que tarda en dar resultado, es lo que se llama CAPITAL, instrumento indispensable de prosperidad y progreso.

El capital es el resultado de un *ahorro*, y el ahorro, fijate bien en esto, es un *sacrificio*, es decir, un acto de moralidad. El que ahorra, no gasta inmediatamente todo lo que produce; el que se priva de un goce del momento por amor á sus hijos, por proporcionarse una vejez descansada, por realizar el pensamiento de algun hombre de genio, por hacer bien á la humanidad, segun el movil que lo impulse, su accion será mas ó menos meritoria, pero siempre habrá moralidad en su proceder; siempre será el hombre moral que se contiene, que se impone privaciones, que triunfa en fin del hombre fisico y del instinto bruto, que pide satisfaccion del momento sin cuidarse de mas. El capital es, pues, hijo del ahorro; el ahorro, del sacrificio; el sacrificio, de la moralidad. El hombre grosero y corrompido no economiza; una sociedad compuesta de esta clase de hombres no puede prosperar, y si por acaso no sucumbe, vivirá miserablemente.

Y si el ahorro era condicion material del progreso, no puede realizarse sin moralidad, que será el otro elemento mas elevado, la inteligencia. En él no hay solo moralidad sino abnegacion, heroismo. Aquí, Juan, me parece que veo alzarse las sombras de tantos miles de mártires del pensamiento, que preguntan indignados cómo ha podido ponerse en duda el sublime sentimiento que los impulsaba, cuando olvidados de sí mismos, solo pensaban en la ciencia y en la humanidad. Cualquiera de esas invenciones cuyas ventajas utilizas sin apercibirte de ello, como respiras el aire sin notarlo, es el resultado, no solo del ahorro sino de la meditacion, de la generosidad, del trabajo de un hombre que se priva de mil goces, para consagrarse á una idea, y empleó su vida en intentar la realizacion

de un pensamiento. No digo en esa máquina que penetra veloz por las entrañas de la tierra, y en ese aparato maravilloso, que con la velocidad del pensamiento lleva la palabra al otro hemisferio, sino en la cerilla que descuidadamente enciendes para tu cigarro, está acumulada la inteligencia y la abnegacion de muchas generaciones. Donde quiera que disfrutes una comodidad y halles un bien, puedes decir: aquí ha habido *abnegacion*. La sociedad, ni aun en el orden material, que de él solo tratamos aquí, ni aun en el orden material digo, puede prosperar sin abnegacion, sin sacrificio, sin moralidad.

Supongamos lo imposible, Juan; que una sociedad absolutamente desmoralizadora prospera, es rica: ¿cómo distribuirá las riquezas? Ya comprendes que no será equitativa. Los mas fuertes llevarán la mayor parte, y ninguna voz generosa se alzaré en favor de los débiles. Nota bien que los defensores de los débiles, de los oprimidos, es raro que salgan de sus filas. Los grandes campeones del pueblo no pertenecen á él; son personas de la clase elevada ó de la clase media, que habiendo adquirido instruccion, emplean su saber en favor de los que sufren las consecuencias de la ignorancia. Si pudieran estas cartas ser un curso de historia, ella te diria que para distribuir bien la riqueza, mas que para nada, necesitan las sociedades el elemento moral, generosidad, sentimiento, inspiraciones nobles y elevadas, que dictan leyes justas é instituciones benéficas. Con el cálculo, que cuando va solo es siempre *miserable*, y *errado* con el cálculo egoista de todos, la riqueza no puede distribuirse bien, porque la sociedad no puede reducirse á un divisor, un dividendo y un cociente.

Supongamos otra vez lo imposible: que sin que la moral entre para nada, la sociedad es próspera, y que sus grandes riquezas están bien distribuidas. Tú, Juan, sin un trabajo escésivo, tienes un salario suficiente con que cubrir tus necesidades y aun disfrutar ciertos goces. Pero careces de moralidad, y egoista, y depravado, quieres solo satisfacer tus apetitos. Vives malamente con mujeres perdidas que arruinan tu bolsillo y tu salud. Si te casas tratas mal á tu mujer, abandonas la educacion de tus hijos, que hasta carecen de pan, porque la mayor parte de tu jornal se gasta en la taberna y los desórdenes. Tu salud se arruina; tu vejez se anticipa; caes irremisiblemente en la miseria, de que no te sacará una familia que ha heredado tus vicios, y es un plantel de prostitutas, de vagos y de criminales. El jornal subido, sin moralidad, no sirve mas que para aumentar la medida de los escesos. Si no sabes contenerte, si no sabes vencerte, si no economizas para cuando estes enfermo, si no educas

tus hijos de modo que te honren y te sostengan cuando seas viejo, si no tienes moralidad, en fin, nada adelantas con tener crecido salario.

Yo creo que el problema, hasta donde es posible que se resuelva, puede resolverse por la *ciencia*, pero por la ciencia completa y no truncada, por la ciencia que parte del hombre como és, un sér moral y material, y cuyo bienestar no puede quedar nunca reducido á un mecanismo, ni realizarse sin el concurso de su voluntad y de su esfuerzo.

La necesidad de ser breve me obliga á concluir repitiéndote, que aun mirando la cuestion bajo el punto de vista mas bajo y grosero, aun convirtiéndola en cuestion de *subsistencias* solamente, sin que en la sociedad entre por mucho el elemento moral, ni habrá mucho que comer, ni, caso que lo hubiese, se distribuirá equitativamente la comida, ni aunque se distribuyera bien, la consumirias de modo que no te produjera indigestiones, deteriorara tu salud, y te dejara miserable.

Concepcion Arenal.

ADVERTENCIA.

Habiendo aumentado la suscripcion cuando no lo esperábamos, y muy adelantado el tercer semestre, nos faltan algunos del 25 inclusive en adelante, viéndonos en la necesidad de remitir á los nuevos suscritores algun número del semestre anterior, lo cual creemos les sea indiferente, toda vez que no tienen completa la coleccion del periódico.